

Perdón para los más grandes pecadores

*adaptado y modernizado
de John Flavel (1627-1691)*

¿Murió Cristo en la cruz? ¿Y murió la violenta, dolorosa, vergonzosa, maldita, lenta y desolada muerte de la cruz? Entonces seguramente hay perdón en Dios y plena redención para *los más grandes pecadores*, que por la fe aplican la sangre de la cruz a sus pobres almas culpables. Así habla el apóstol: “En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados” (Colosenses 1:14). “La sangre de Jesucristo... nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7). Dos cuestiones esclarecerán esto:

1. Primero, hay suficiente poder en esta sangre de la cruz para satisfacer a Dios por los pecados más grandes.
2. Segundo, su eficacia está designada y dispuesta por Dios para los pecadores creyentes.

Primero: hay suficiente poder en la sangre de la cruz para hacer satisfacción y limpiar los más grandes pecados. Esto es manifiesto, pues es sangre preciosa, como es llamada. “fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de

vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo” (1 Pedro 1:18-19). Esta preciosidad de la sangre de Cristo se debe a esa unión que tiene con la Persona. “El cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos” (Romanos 9:5). Y por eso es llamada la sangre de Dios (Hechos 20:28); y así, se vuelve sangre real, de príncipe. Sí, debido a su dignidad y eficacia, es mayor que cualquier otra sangre que haya sido creada, o que alguna correrá por otras venas que no sean las de Él. La sangre de todas las criaturas del mundo, incluso un mar de sangre humana, no guarda más relación con la preciosa y excelente sangre de Cristo que un tazón de agua común con un río de oro líquido. Y a causa de su inestimable preciosidad, se convierte en sangre que reconcilia y satisface a Dios. Así habla el apóstol: “Y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz” (Colosenses 1:20). La misma sangre que es redención para quienes habitan en la tierra, es confirmación para quienes habitan en el cielo. El poder de esta sangre hace que la culpa desaparezca y se disipe como la sombra ante el glorioso sol. Cada gota de ella tiene una voz y habla al alma que tiembla ante su culpa cosas mejores que la sangre de Abel (Hebreos 12:24). Nos purifica de todo mal,

incluyendo una conciencia inquieta y acusadora (Hebreos 10:22). Puesto que es suficiente en sí misma para satisfacer a Dios, seguramente es suficiente para satisfacer a la conciencia.

La conciencia no puede demandar más para su satisfacción, ni admitirá menos, de lo que Dios demanda para la suya. Y en esta sangre hay suficiente para satisfacer a ambos.

Segundo: puesto que hay suficiente poder en esta sangre para satisfacer a Dios y a la conciencia a causa de la mayor culpa, así también es claro que su virtud y eficacia es designada y dispuesta por Dios para uso de los pecadores creyentes. Tal sangre como esta fue sin duda derramada con algún propósito trascendental, para que algunos pudieran beneficiarse de ello. En Hechos 13:39 queda suficientemente claro quiénes son los receptores: “Y que de todo aquello de que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en él es justificado todo aquel que cree”.

Que la remisión de los pecados de los creyentes era el gran fin del derramamiento de esta preciosa sangre de Cristo, se desprende de todos los sacrificios que la prefiguraban para la antigua iglesia de Israel. El derramamiento de esa sangre tipo (de los sacrificios simbólicos) hablaba de la intención de Dios de perdonar. Y el poner sus manos sobre la cabeza del sacrificio hablaba del modo y método de

creer, por el cual esa sangre se les aplicaba entonces de esa manera y se nos aplica a nosotros de una manera aún más excelente. Si no se hubiera pretendido el perdón, no se habrían designado sacrificios.

Considera también que esta sangre de la cruz es la sangre de un fiador¹ que vino bajo las mismas obligaciones que nosotros, y en nuestro nombre o lugar la derramó; así que, por supuesto, libera y absuelve al principal ofensor o deudor (Hebreos 7:22). ¿Puede Dios obtener satisfacción por la sangre y la muerte de su propio Hijo, el fiador de los creyentes, y aun así exigirla de los creyentes? Esto no puede ser. “¿Quién acusará a los escogidos de Dios?”, dice el apóstol, “Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió” (Romanos 8:33-34). ¿Y por qué la fe y el arrepentimiento² son prescritos como los medios

¹ **Fiador** – representante legal que acuerda asumir las obligaciones de otro.

² **Arrepentimiento** – El arrepentimiento para vida es una gracia salvadora por medio de la cual el pecador, sintiendo una verdadera compunción por sus pecados y teniendo confianza en la misericordia de Dios en Cristo, con dolor y aborrecimiento por sus pecados se vuelve de ellos a Dios, con todo el propósito de esforzarse en una nueva obediencia. (*Catecismo de Spurgeon*, pregunta 70; disponible en CHAPEL LIBRARY).

para el perdón? ¿Por qué Dios en todas las partes de su Palabra llama a los pecadores a arrepentirse y creer en esta sangre, alentándolos por medio de preciosas promesas de remisión, y declarando la inevitable y eterna ruina de todos los impenitentes e incrédulos que desprecian y rechazan esta sangre? ¿Qué hacen, digo yo, todas estas palabras sino la posibilidad de un perdón para los más grandes pecadores, y la certeza de un perdón gratuito, completo y definitivo para todos los pecadores creyentes? ¡Oh, qué alegre sonido es este! ¡Qué magníficas voces de paz, perdón, gracia y aceptación vienen de la sangre de la cruz a nuestros oídos!

La mayor culpa jamás contraída por una conciencia afligida y temblorosa puede mantenerse delante de la eficacia de la sangre de Cristo tanto como un pecador puede mantenerse por sí mismo delante de la justicia del Señor con toda esa culpa sobre él.

Lector, sea lo que sea que hayas sido o eres, la Palabra te asegura que pecados tan profundamente teñidos como los tuyos han sido purificados en esta sangre (si crees en Cristo). “Habiendo yo sido antes blasfemo, perseguidor e injuriador; mas fui recibido a misericordia” (1 Timoteo 1:13). Pero tal vez puedas objetar: “Paul fue un caso único y extraño, y se me hace difícil imaginar que cualquier otro pecador halle tal gracia como él”. ¡No hay duda alguna, si

crees en Cristo como él hizo! Pues nos dice: “Pero por esto fui recibido a misericordia, para que Jesucristo mostrase en mí el primero toda su clemencia, para ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna” (1 Timoteo 1:16). Así que, por las mismas razones que él obtuvo misericordia, tú también puedes obtenerla.

Aquellos mismos hombres que participaron en el derramamiento de la sangre de Cristo tuvieron el beneficio de que esa sangre los perdonara después (Hechos 2:36). No hay nada que pueda impedir que tu alma reciba las bendiciones de esta sangre, excepto la incredulidad y la dureza de corazón (rehusar arrepentirse).



John Flavel (1627-1691) fue un ministro presbiteriano inglés.

www.ChapelLibrary.org